

*Multitudes del yo: biografía e historia de las mujeres**

Mónica Bolufer

Universitat de València

Resumen: En este artículo se trata de identificar cuáles han sido las aportaciones de la historia de las mujeres y del género a las cuestiones suscitadas por el enfoque biográfico en algunos de los debates teóricos y metodológicos cruciales de la historia. La comprensión de la biografía como una práctica social e ideológicamente situada, el reconocimiento del vínculo entre biografía y autobiografía, el planteamiento de la profunda historicidad y la compleja relación entre «público» y «privado», o la insistencia en un concepto del yo complejo y móvil, inscrito en redes de relaciones, son aspectos en los que su contribución ha sido esencial.

Palabras clave: biografía, historia de las mujeres, historia del género, historiografía-self.

Abstract: This essay aims at identifying the main contributions of feminist historiography to the debate on biography and on the theoretical and methodological issues it raises for the writing of History. Some of the issues in which its contribution has been and is crucial for the writing of History are: understanding biography as an ideologically and socially situated practice, admitting the connection between biography and autobiography, taking seriously the historicity and complex relationship between «public» and «private», and conceiving the self as multiple, mobile and inserted in relation networks.

Keywords: Biography, women's history, gender history, historiography-self.

* Este trabajo se ha desarrollado en el marco de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (HAR2008-03428) y del proyecto de investigación HAR2011-26129/HIS, ambos financiados por el MINECO. Agradezco a Isabel Burdieu y Carolina Blutrach sus comentarios a una versión anterior del texto.

«¿Cuántas personas diferentes no habrá [...] que se alojan, en uno u otro tiempo, en cada espíritu humano?».

«Al escribir sobre una mujer todo está fuera de lugar: el acento no cae donde suele caer con un hombre»¹.

Introducción

¿Y si Shakespeare hubiese tenido una hermana escritora? Esta célebre pregunta constituye uno de los recursos retóricos del ensayo *A Room of One's Own* (1929), en el que Virginia Woolf se interrogaba acerca del silencio de la historia sobre las experiencias y contribuciones de las mujeres. Si Shakespeare hubiera tenido una hermana que compartiese su pulsión creativa, especula Woolf, es muy probable que, a diferencia de él, apenas hubiese podido desarrollarla, dadas las constricciones sociales sobre la vocación y el talento femeninos. Pero además, aun suponiendo que así fuera, ¿qué sabríamos de ella ahora? Poco o nada, concluye, puesto que la disciplina histórica —como testimonian las obras acumuladas en los anaqueles del British Museum— no se ha ocupado de estudiar las vidas de las mujeres. Virginia Woolf, como es sabido, formó parte de los círculos intelectuales de vanguardia que en los años veinte del siglo pasado, y en el marco de una completa revisión crítica de los supuestos sociales y estéticos de la Inglaterra victoriana, dieron la vuelta a la noción decimonónica de biografía a través de la obra *Victorians eminentes* de Lytton Strachey, pero también de diversos trabajos biográficos, ensayos críticos y experimentos literarios de la propia Woolf. Ésta reflexionó teóricamente sobre las paradojas del género e ironizó sobre ellas en su novela *Orlando* (1928), subtitulada *Una biografía*, en la que sigue la peripecia vital de un ser inclasificable que cambia de sexo repetidas veces y cuya vida siempre en transformación abarca varios siglos: todo un desafío a las nociones de unicidad del yo y a la narrativa lineal de la biografía al uso².

La corriente historiográfica que conocemos como historia de las mujeres asumió, desde sus inicios, la necesidad y el reto de dar a conocer las vidas y experiencias femeninas, utilizando para ello,

¹ Virginia WOOLF: *Una habitación propia*, Barcelona, Seix Barral, 2003.

² Virginia WOOLF: *Orlando*, Barcelona, Edhasa, 2002.

entre otros recursos, el enfoque biográfico. Sin embargo, si la relación entre biografía e historia no ha resultado nunca sencilla, en el caso de la historia de las mujeres y del género ese vínculo, aunque rico y productivo, ha sido especialmente complejo, tanto en las trayectorias pasadas de la disciplina histórica como en lo que concierne al reciente «giro biográfico» experimentado por ésta. Sin pretender agotar el tema, en este artículo trazaré algunos de sus recorridos, tratando de identificar cuáles han sido las aportaciones de la historiografía feminista al debate sobre la biografía y sobre algunas de las cuestiones metodológicas y teóricas suscitadas por ésta para la escritura de la historia.

Al referirme a la biografía no lo hago en el sentido de un género específico con un patrón único: el relato completo, cronológico y exhaustivo de una vida, hoy ampliamente cuestionado. Más bien en el de un enfoque o conjunto de enfoques que se interesan por reconstruir historias de vidas individuales como recurso (fundamental o combinado con otros) para abordar temas y problemas históricos, reconociendo a esta perspectiva ciertas virtudes específicas. Y ello por su capacidad para tender puentes entre el mundo académico y el público general, haciendo honor al compromiso divulgativo de la historia. Pero también, y sobre todo, por su pertinencia historiográfica, en la medida en que pone a prueba, desde la perspectiva de una vida individual inscrita en su contexto y actuante sobre él, la validez de los modelos explicativos generales, sacando a la luz —en estupenda e intraducible imagen de Stephen Brooke— «the wonderful unevenness of history»³. Comparto con otros autores y autoras de este dossier la convicción de que adoptar enfoques biográficos no supone refugiarse en una alternativa fácil para evitar los problemas teóricos que hoy se plantean en el trabajo histórico, sino, por el contrario, enfrentarse directamente a ellos⁴. Y es que contar una vida no resulta en absoluto evidente: la biografía no es mero contenedor vacío, un guión dado que quepa rellenar con datos, sino una forma de trabajo en la que —como en cualquier otro

³ Stephen BROOKE: «Subjects of Interest: Biography, Politics and Gender History», *Journal of the CHA*, New Series, vol. XXI, 2 (2009), pp. 21-28, esp. p. 23.

⁴ Interesantes reflexiones a este respecto en el volumen colectivo coordinado por William E. EPSTEIN (ed.): *Contesting the Subject. Essays in the Postmodern Theory and Practice of Biography and Biographical Criticism*, West Lafayette, Purdue University Press, 1991.

tipo de investigación histórica- toda elección debe ser justificada y tiene sus consecuencias y sus riesgos.

El poderoso impulso de recuperar las vidas «robadas» del pasado, sistemáticamente silenciadas u olvidadas por la historia oficial, mediante un ejercicio de reescritura de la historia continúa siendo una motivación presente y productiva en la historia de las mujeres. Una práctica historiográfica que reconoce y cultiva su vocación social, su interés por conectar con las preocupaciones de un público amplio y no exclusivamente académico. En ese empeño, el método biográfico resulta particularmente adecuado, puesto que un relato histórico con rostros y nombres responde a la necesidad humana de identificación y de forma especial al deseo de muchas mujeres de verse representadas, interpeladas o cuestionadas por una historia que contemple también sus experiencias. Aunque algunas de las tendencias en historia de las mujeres y del género hayan mostrado cierto rechazo hacia la biografía, en la actualidad, al tiempo que se multiplican y profundizan los debates teóricos y metodológicos al respecto, parece ir creciendo el consenso en torno a su interés historiográfico. La historia y la crítica literaria feministas, en diálogo a veces tenso, pero casi siempre productivo, con otras tendencias renovadoras, se sitúan así entre las corrientes que han constituido lo que en el ámbito anglosajón se conoce como «New Biography», una práctica historiográfica caracterizada, entre otros rasgos, por la insistencia en el carácter contingente de la existencia, frente a la clásica suposición de que ésta discurre formando una línea nítida; el interés por los procesos de formación de las identidades, contra la idea implícita de un sujeto autónomo y coherente, o la conciencia crítica del carácter necesariamente mediado y fragmentario de las fuentes, opuesto al fetichismo del archivo⁵. Y lo han hecho cuestionando, a partir de los retos particulares suscitados por sus objetos de estudio, muchas convenciones del análisis histórico y biográfico, a la vez que absorbiendo y utilizando, de formas con frecuencia creativas, las innovaciones producidas desde otros ámbitos del trabajo histórico y desde otras disciplinas de modos que han contribuido a transformar la propia escritura histórica.

⁵ William E. EPSTEIN: *Contesting the Subject...*, pp. 4-5.

«General» y «particular». Vidas (de mujeres) e historia

Aunque resulte simplificador afirmar que la biografía histórica renace de un largo olvido en las últimas décadas del siglo XX, pues nunca han dejado de escribirse y de leerse biografías, ni de plantearse la cuestión del papel del individuo en la historia⁶, es a partir de los años setenta cuando la insatisfacción por los modelos estructurales de explicación del cambio histórico y el hastío por la despersonalización de la historia reavivaron el interés por las historias individuales, los enfoques locales y los relatos de vida, lo que llevó a plantear de forma nueva y crítica la relación entre aquello que entendemos como «particular» y «general». En un clarividente ensayo publicado en *Quaderni Storici* —revista emblemática de la microhistoria y la historia de las mujeres en Italia—, Gianna Pomata reflexionaba en 1990 sobre esas engañosas categorías a propósito del género del manual histórico —con su pretensión globalizante de resumir los procesos históricos más significativos de alcance general— y de los problemas teóricos y metodológicos que afrontaban por aquellos años los primeros intentos de escribir síntesis de historia de las mujeres⁷. Para Pomata, la idea de que las mujeres habían estado ausentes de la tradición historiográfica occidental, proclamada por las historiadoras feministas de los años setenta y antes por Virginia Woolf, es inexacta, porque olvida que, junto a la historia «general», fundamentalmente política, consolidada como disciplina académica en la segunda mitad del siglo XIX, han existido siempre otras formas «particulares» de narrar el pasado en las que las mujeres sí aparecían incorporadas de algunos modos y con ciertos límites. Es el caso de las *vidas* de «mujeres célebres» (género muy habitual desde la Antigüedad y especialmente entre los siglos XV y XVIII), destinadas a probar las capacidades de su sexo, en especial aquellas que les eran negadas (prudencia política, valor militar, aptitud intelectual); representaciones icónicas que comparten

⁶ Isabel BURDIEL: «La Dama de Blanco. Notas sobre la biografía histórica», en Isabel BURDIEL y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 17-48; Hermione LEE: *Biography. A Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2009, y Sabina LORIGA: *Le petit x: De la biographie à l'histoire*, París, Seuil, 2010.

⁷ Gianna POMATA: «Storia particolare e storia generale. In margine ad alcuni manuali di storia delle donne», *Quaderni Storici*, 74 (1990), pp. 341-385.

su carácter ejemplar con la tradición de «hombres ilustres», aunque las virtudes asignadas a unas y otros sean parcialmente distintas⁸. Pero además, en la época moderna las mujeres participaron de forma significativa en la construcción de relatos sobre el pasado que se validaban por la apelación a lo «particular» (la propia experiencia, el testimonio en primera persona); crónicas conventuales, relatos de fundaciones, hagiografías, memorias o libros de razón, biografías de esposos o padres, en todos los cuales las autoras tienden a inscribirse en la trayectoria del colectivo (familia, comunidad religiosa) o del personaje cuya historia escriben⁹. Será la profesionalización de la historia y su transformación en disciplina científica con estatuto universitario lo que sitúe este tipo de relatos en los márgenes de la historia académica¹⁰.

La emergencia en la década de los setenta de la historia de las mujeres como corriente historiográfica implicó la voluntad de recuperar sus vidas y pensamientos como alternativa crítica a la historia habitualmente escrita, que restringía su atención a los hechos políticos y militares, privilegiando a los sujetos masculinos y, en especial, a los «grandes hombres» (así como algunas, pocas, «grandes mujeres»), protagonistas de las biografías clásicas. Rescatar esa memoria perdida se presentaba como un proyecto identitario, el de escribir una historia en la que las mujeres del presente pudiesen reconocerse y encontrar antecesoras, o, como se decía entonces, «devolver las mujeres a la historia y la historia a las mujeres». También como un acto de restitución o de justicia, en la medida en que tal olvido no respondía a una simple inercia, sino a formas activas de exclusión¹¹. Ello ha conle-

⁸ Plutarco, autor de las *Vidas paralelas*, lo fue también de la igualmente célebre *Mulierum virtutes*.

⁹ Natalie Z. DAVIS: «Gender and Genre. Women as Historical Writers», en Patricia LABALME (ed.): *Beyond their Sex. Learned Women of the European Past*, Nueva York, Columbia University Press, 1980, pp. 153-182.

¹⁰ No obstante, las escritoras participaron activamente en el desarrollo de una escritura biográfica conectada con la construcción de la nación en los siglos XIX y XX, en ocasiones prestando especial atención a la vida y realizaciones de otras mujeres. Véase Maarit LESKELÄ-KÄRKI: «Figures from the Shadow: On the Tradition of Women's Biographical Writing in Finland», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012.

¹¹ Gay WALD: «Rosetta Tharpe and Feminist "Un-Forgetting"», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 4 (2009), pp. 157-160, y Susan WARE: «Writing

vado un intenso trabajo de «biografía recuperativa» que ha permitido descubrir muchos e interesantes personajes femeninos. Tarea que, en sus manifestaciones más valiosas, ha ido acompañada de una fuerte preocupación teórica y metodológica (escribir biografías femeninas: ¿para qué?, ¿de quién?, ¿con qué métodos?). De ello son ejemplo diversos volúmenes colectivos y dosiers de revistas dedicados de forma monográfica a la reflexión, a partir de la biografía, sobre cuestiones clave del análisis histórico, como las de identidad, agencia, relaciones entre particular y general, individuo y contexto, procesos de formación del sujeto, subjetividad del historiador/a o formas narrativas¹².

En la raíz de ese intenso impulso crítico y autocrítico está la voluntad de no contentarse con la mera adición de sujetos femeninos a la historia, sino de revisar en su conjunto los planteamientos y supuestos —muchas veces implícitos— desde los que ésta se escribe. La emergencia de nuevos sujetos obliga a modificar aquello que entendemos como biografía (también, más ampliamente, aquello que entendemos sea la historia); entre otras cosas, porque las pautas a través de las cuales tradicionalmente se han contado e interpretado las vidas de los varones eminentes, entendidas como el progresivo despliegue de un sujeto individual y autónomo marcado por sus realizaciones en el ámbito público —intelectual, político o militar—, se compaginan mal con las formas en que discurrieron las vidas de muchas mujeres o los modos en que podemos enfocarlas como sujetos. Sin embargo, la empresa biográfica se ha considerado a ocasiones, desde la historiografía feminista, como una verdadera «contradicción en términos»¹³. Quiénes comenzaron a escribir la historia de las mujeres estaban vinculadas a escuelas y corrientes historiográficas intensamente críticas respecto de la historia política tradicional y participaban de la voluntad de escribir la historia «desde abajo»,

Women's Lives: One Historian's Perspective», *Journal of Interdisciplinary History*, vol. XL, 3 (2010), pp. 413-435.

¹² Entre ellos, «Forum. Modern English Auto/Biography and Gender», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 17-78; David NASAW (ed.): «AHR Roundtable. Historians and Biography», *American Historical Review*, vol. CXIV, 3 (2009), pp. 573-661; Marilyn BOOTH y Antoinette BURTON (eds.): «Critical Feminist Biography», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 3 y 4 (2009), y Susanna TAVERA (ed.): «Trayectorias individuales y memoria colectiva. Biografías de género», *Are-nal*, vol. XXI, 2 (2005), pp. 211-307.

¹³ Judith P. ZINSSER: «Feminist Biography: A Contradiction in Terms?», *The Eighteenth Century*, vol. L, 1 (2010), pp. 43-50.

atenta a las presencias colectivas y populares. Por ello, tendían a rechazar como sujetos válidos de estudio a las mujeres «célebres» (*women worthies*) cuyas vidas sí habían sido escritas y reescritas, convertidas en mitos que hacían abstracción de su sexo para destacar la excepcionalidad de sus hazañas en campos considerados masculinos, o bien las convertían en iconos de feminidad. Y ello para recuperar las vidas de aquellas mujeres «comunes» en contraposición a las cuales se había singularizado a las primeras¹⁴. Actualmente, las posturas difieren. Muchas historiadoras defienden el interés de estudiar los «grandes nombres» femeninos no sólo porque merecen ser revisados desde perspectivas historiográficas nuevas, sino también porque muchas mujeres con influencia en su tiempo (en mayor medida que los «héroes» masculinos) resultan casi desconocidas. Pero además, la propia dualidad entre sujetos «excepcionales» y «comunes» puede matizarse, entendiendo que tanto las mujeres célebres como las oscuras permiten discernir las posibilidades de maniobra en el marco de las condiciones sociales, económicas y políticas, y de los discursos que condicionan (pero no determinan absolutamente) a los individuos, definiendo su identidad.

Así, por ejemplo, la historia de las mujeres ha intervenido de forma muy activa y consciente en la producción de diccionarios y enciclopedias biográficos, pronunciándose al respecto de aquellas obras de referencia herederas de la «biografía nacional» del siglo XIX y, al mismo tiempo, elaborando recopilaciones específicas de vidas femeninas. En ambos casos se ha planteado de forma explícita la cuestión central de los criterios que deben presidir la selección¹⁵. Al mismo tiempo, la historia de las mujeres ha in-

¹⁴ Barbara CAINE: «Feminist Biography and Feminist History», *Women's History Review*, vol. III, 2 (1994), pp. 247-261, esp. pp. 250-251.

¹⁵ Así, la introducción a un conjunto de vidas de mujeres renacentistas hace explícita la voluntad de «individuar mujeres lo menos “más allá de su sexo” posible; personajes que sean, en un cierto sentido, de una cierta medianía, ejemplificadores no sólo, y no tanto, de la cotidianidad femenina, sino también de algunos aspectos de la historia general de su tiempo y, por tanto, efectivamente dentro de los engranajes de la historia y no por encima de ellos». Véase Ottavia NICCOLI (ed.): *La mujer del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1993, p. 15. Otra obra colectiva opta por sustituir el criterio de «celebridad» por el de «visibilidad» para trazar los perfiles «múltiples y diversos, plurales y complejos» de mujeres con cierta presencia pública en su tiempo (definida en términos amplios, que incluyen actividad política, influencia religiosa, creación o activismo social). Véase Susanna TAVERA *et al.* (dir.): *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*, Barcelona, Planeta,

tervenido en los debates en torno a los diccionarios biográficos nacionales, contribuyendo, junto con otras voces, a explicar a la opinión pública que el criterio de relevancia histórica invocado en este tipo de obras no es una evidencia inmutable, sino que responde a opciones historiográficas que deben hacerse explícitas y sujetarse a revisión por parte de la comunidad científica¹⁶.

El problema, en parte, radica en que las biografías femeninas se entienden menos representativas que las masculinas de la «historia general», como si escoger a las mujeres, en tanto que objeto de investigación, significara optar irremisiblemente por lo particular. Entre otras razones, porque se entiende que una biografía masculina lo es de un político, un intelectual, un artista, un eclesiástico, incluso un «hombre común» (obrero, campesino, burgués...) y que su contexto remite tanto a las condiciones generales de su época (culturales, políticas, económicas...) como a las propias de su grupo. En cambio, de una biografía femenina —a no ser que se trate de una figura «excepcional»— se supone que es la de una mujer (sin más) y que su contexto se limita al de la condición de su sexo. Estigmatizadas así como «particulares» por partida doble (porque tratan de un sujeto individual y porque ese sujeto es femenino), las biografías históricas de mujeres cuentan con pocas credenciales académicas.

Y es que la biografía plantea de forma particularmente aguda uno de los problemas cruciales de la historia, el de la relación y la tensión entre lo individual y lo colectivo¹⁷. Sabemos bien que, precisamente porque ningún individuo (en el pasado como en el presente) puede abstraerse de las circunstancias en las que se desarro-

2000. Otras iniciativas son el *Diccionari Biogràfic de Dones* (www.dbd.cat), el *Dictionnaire des Femmes de l'Ancienne France* (www.siefar.org) o el *Online Dictionary of Dutch Women* (*Digitaal Vrouwenlexicon van Nederland-DVN*, www.historici.nl/Onderzoek/Projecten/DVN).

¹⁶ En la polémica a propósito del *Diccionario Biográfico Español* de la Academia de la Historia, la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres hizo público un escrito en el que, entre otras cosas, se recordaba que «la historia no ha sido protagonizada tan sólo por una reducida nómina de “hombres ilustres” e incluso de “mujeres ilustres”, sino por personas de muy variada condición, cuyas vidas merecen ser reconocidas de forma individualizada siempre que las fuentes lo permitan» (<http://www.aeihm.org>, consultado el 15 de mayo de 2011). AEIHM ha dedicado su V Seminario internacional a reflexionar sobre la biografía (*¿Y ahora qué? Nuevos usos del género biográfico*), Madrid, septiembre de 2013.

¹⁷ Giovanni LEVI: «Les usages de la biographie», *Annales ESC*, 44/6 (1989), pp. 1325-1336.

lla su existencia, toda biografía, incluso la más heterodoxa, ofrece siempre una perspectiva sobre las condiciones materiales y los valores simbólicos que ese sujeto comparte con sus contemporáneos, en particular con aquellos con quienes le unen más fuertes vínculos (de clase o estamento, género, nacionalidad, religión, formación intelectual, ideología...). Y al mismo tiempo, aun la más convencional de las historias de vida no es nunca idéntica a otras similares, porque los individuos, a la vez que se sitúan, necesariamente, en el marco de las normas sociales, las usan y hasta cierto punto las modifican, haciendo así posible el cambio histórico. Precisamente por ello, el enfoque biográfico resulta especialmente pertinente en historia de las mujeres, en la medida en que permite presentar a éstas no como víctimas pasivas de un orden desigual, sino como sujetos activos en el seno del mismo, y matizar el peso de las normas y convenciones —entre ellas las de género— con frecuencia presentadas como marcos fijos y determinantes.

Algún ejemplo concreto puede ilustrar mejor esta virtualidad analítica. Para Jo Burr Margadant, coordinadora de un influyente volumen sobre biografías femeninas de principios del siglo XIX, el estudio de estas vidas con herramientas conceptuales novedosas permite matizar las generalizaciones excesivas acerca del modo en que la concepción republicana de la feminidad, heredera de Rousseau, habría actuado como discurso hegemónico que desautorizaría la participación pública y política de las mujeres. El legado rousseauiano, cuando se contempla desde la perspectiva de los escritos y actividades de mujeres que se esforzaron por construir una función cívica para su sexo, aparece así como bastante más flexible, menos monolítico. Sus ejemplos nos muestran «cuán variadas resultaban en ocasiones, en las vidas vividas, las posibilidades de elecciones poco convencionales y cuán poco aprendemos de las generalizaciones acerca de la condición femenina». La biografía se revela así como «un instrumento para romper con nuestras propias expectativas incrustadas»¹⁸. En mi propia experiencia investigadora, el estudio biográfico de una burguesa de origen irlandés en el siglo XVIII, Inés Joyes, autora de una interesante *Apología de las mujeres*, me permitió abordar de un modo diferente y enriquecedor algunos problemas históricos que me venían ocupando y so-

¹⁸ Jo Burr MARGADANT (ed.): *The New Biography. Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, Berkeley, University of California Press, 2000, p. 16.

bre los que había trabajado con otros enfoques¹⁹. Me ayudó a entender mejor las posibilidades, límites y tensiones que marcaron la participación de las mujeres en los discursos y en prácticas culturales de la Ilustración; la importancia de la polémica de los sexos en los debates morales y sociales de la época, y el papel de la familia o la nación de origen en la configuración de la identidad personal. Y ello, gracias a una atención más explícita e intensa a la relación entre el sujeto y su contexto (familiar, social, intelectual...), poniendo de relieve las constricciones que pesan sobre él, pero también sus márgenes de acción y elección.

Uno de los problemas metodológicos que se plantean es, sin duda, el de las fuentes. Sabemos que, al tratar de escribir una biografía (como, por otra parte, cualquier otro tipo de historia), las fuentes, por ricas que sean, únicamente pueden aportarnos retazos de información, jirones de vida; datos que sólo cobran sentido a partir de la intervención del historiador, quien va hilvanándolos para tejer una narración necesariamente interpretativa. Cuando se trata de las mujeres, la escasez (relativa) de las fuentes y su carácter parcial y sesgado suelen resultar aún más evidentes. Haciendo de la necesidad virtud, la historiografía feminista ha desarrollado una intensa reflexión a propósito de su condición fragmentaria y azarosa, y el modo en que dejan en la oscuridad o penumbra aspectos relevantes de las vidas pasadas, aun las más célebres. Un ejemplo interesante, por plantear de forma extrema este tipo de dificultades, podría ser el experimento de reconstruir en lo posible la vida de una joven anónima del siglo XII, sin fuente documental alguna de carácter directo y contando sólo con el registro arqueológico²⁰. Ciertamente, otras vidas están mejor documentadas, pero sólo podemos acceder a ellas de forma indirecta, a través de fuentes oficiales y administrativas que remiten más bien a los varones de su entorno y nos las muestran de manera velada, en tanto que esposas, madres o hijas, lo cual obliga a preguntarse hasta qué punto su limitada presencia social no tiene algo de efecto óptico.

¹⁹ Mónica BOLUFER: *La vida y la escritura en el siglo XVIII*. Inés Joyes: «Apología de las mujeres», Valencia, PUV, 2008, e íd.: «Perseguir un sujeto esquivo: vida y obra de una escritora del siglo XVIII», en Manuel-Reyes GARCÍA HURTADO (ed.): *La vida cotidiana en la España del siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2009, pp. 155-180.

²⁰ Robin FLEMING: «Writing Biography at the Edge of History», *AHR*, vol. CXIV, 3 (2009), pp. 606-614.

Y ello, por otra parte, podría hacernos atribuir a sus testimonios en primera persona, habitualmente raros (cartas, autobiografías, diarios y otros escritos), un crédito excesivo, cayendo en la falacia de ver en ellos la «auténtica» voz de las mujeres sin filtros ni mediaciones; tentación frente a la cual ha advertido una amplia bibliografía teórica.

Los estudios biográficos más interesantes, por el contrario, asumen el carácter parcial de *todo* tipo de fuentes y la imposibilidad de rasgar el velo, de reconstruir completamente una vida. Así, por ejemplo, la biografía de la ilustrada Émilie du Châtelet por Judith Zinsser ofrece tres inicios alternativos para el relato: uno, pocos días antes de su fallecimiento, tras haber dado a luz a su cuarta hija y finalizado su última obra; otro, mientras trabajaba a marchas forzadas en su proyecto; el tercero, a partir de las impresiones de Voltaire, compañero sentimental y luego amigo íntimo²¹. Zinsser muestra que elegir cualquiera de esos —u otros— inicios imprime un sentido distinto a la narración y conlleva una interpretación —parcialmente— diferente de las fuentes (correspondencia, obras propias y otros testimonios contemporáneos), reflexión que actúa en su texto como advertencia sobre el carácter provisional de su propia lectura en tanto que historiadora.

Identidades femeninas, identidades múltiples

Entre los rasgos que caracterizan el desarrollo reciente de la biografía, y más generalmente de la historia, se sitúa, sin duda, la profunda revisión operada en la categoría de «sujeto». Como escribe Jo Burr Margadant: «El sujeto de la biografía ya no es el yo coherente, sino más bien un yo que es representado (*performed*) para crear una impresión de coherencia, o un individuo con múltiples yo cuyas diferentes manifestaciones reflejan el paso del tiempo, las demandas y opciones de diferentes escenarios, o las variadas maneras en que los otros intentan representar a esa persona»²². Enfocar personajes femeninos desde una perspectiva crítica y reflexiva ha contribuido a descentrar el sujeto (supuestamente neutro, universal y

²¹ Judith P. ZINSSER: *La Dame d'Esprit. A Biography of the Marquise Du Châtelet*, Penguin, Nueva York, 2006.

²² Jo Burr MARGADANT: *The New Biography...*, p. 7.

autónomo) de las biografías (y, en general, de la historia) más habituales, poniendo de relieve su carácter particular y socialmente inscrito. Pero, además, puede servir para mostrar la pluralidad y diversidad de los sujetos, también femeninos²³.

Es cierto que la invocación de una común identidad femenina ha formado parte destacada de la trayectoria de los feminismos contemporáneos y subyace, en buena medida, a la pretensión de escribir vidas femeninas del pasado. Sin embargo, el hecho —sustancial a la historia y los estudios feministas— de analizar las identidades sexuales como construcciones culturales y sociales contribuyó a desestabilizar la propia noción de identidad, a la vez que se dejaron oír muy pronto voces que subrayaban que toda categoría «mujer» era inestable, en tanto que atravesada por profundas diferencias (de raza, clase, religión, edad, opción sexual...) e internamente dividida²⁴. La teoría y la historiografía feminista han participado así, de forma central, en la crítica a la visión de la identidad como una evidencia natural o una identificación automática, ligada a atributos innatos y compartidos (sexo, raza, nación) o a condiciones comunes de experiencia material (clase). Y, sin embargo, la idea de que las identidades son múltiples, cambiantes y con frecuencia contradictorias todavía resulta difícil de asimilar cuando los sujetos en cuestión son femeninos; al fin y al cabo, las mujeres han tendido a ser definidas, en mayor medida a partir del siglo XVIII, en función de su sexo, incluso como «el sexo» por excelencia, entendiendo su condición sexual como mucho más determinante que la de los hombres. En este sentido, el interés historiográfico por las vidas de mujeres ha ido cada vez más unido a la constatación de sus diferencias: las que separan a los sujetos del pasado de los del presente, pero también las existentes entre mujeres de diversas condiciones, pues en modo alguno ser «mujer» define por completo a una mujer concreta o, como lo expresa Joan Scott, constituye una «identidad por encima del tiempo, una línea continua que une a las mujeres en todo tiempo y lugar».

²³ «La biografía puede contribuir al compromiso feminista (y deconstruccionista) con la pluralidad, al ofrecernos muchas voces e historias de mujeres, ayudando así a deconstruir la categoría monolítica “mujer”». Véase Sharon O'BRIEN: «Feminist Theory and Literary Biography», en William E. EPSTEIN: *Contesting the Subject...*, pp. 123-134.

²⁴ Denise RILEY: *Am I That Name?: Feminism and the Category of «Women» in History*, Basingstoke, Macmillan Press, 1988.

Los estudios de sujetos femeninos en el pasado han mostrado cómo las mujeres, no menos que los hombres, constituyen individuos singulares, cuya condición genérica en absoluto satura su identidad, que viene definida, como todas, por adscripciones plurales y móviles (de raza, etnia, clase, edad, religión, afiliación política u opción sexual, afinidad intelectual o artística...) y, en última instancia, por su singularidad individual. Natalie Davis, al explorar las similitudes y diferencias en las trayectorias de tres mujeres del siglo XVII, recreó a modo de un diálogo imaginario con ellas su extrañeza y enfado al verse reunidas en un mismo volumen con otros sujetos con quienes dicen tener muy poco en común²⁵. En las palabras (ficticias) que la historiadora pone en sus labios, las tres niegan ser quienes ella dice que son, afirman no reconocerse en el grupo —«las mujeres»— en el que ella las encierra y sentir, por encima del vínculo del sexo, otras afinidades más poderosas, las de la fe o la inclinación intelectual. Y es que no existe algo así como una vida de mujer prototípica en una determinada época. Así lo entendieron las editoras de dos volúmenes titulados *La mujer del Renacimiento* y *La mujer barroca*, equivalentes en femenino de otros dedicados a los perfiles sociales e intelectuales de distintas épocas a través de tipos humanos (el artista, el príncipe...), inicialmente proyectados como universales (*el hombre del Renacimiento, del Barroco, de la Ilustración*). Ottavia Niccoli y Giulia Calvi eligieron, en cambio, el enfoque biográfico de un conjunto de mujeres pertenecientes a distintos grupos sociales (aristócratas, religiosas, artistas, intelectuales...), insistiendo en la singularidad de cada una de ellas²⁶. «La mujer» (del Renacimiento, el Barroco o cualquier otro tiempo) simplemente no existe, como tampoco «el hombre», pero mientras que lo segundo resulta algo más evidente, lo primero todavía cabe recordarlo.

Ése fue también el esfuerzo que me impuse realizar al estudiar a Ines Joyes: entenderla —por mucho que su obra estuviese escrita asumiendo explícitamente una posición *en tanto que mujer*— no «sólo» como una mujer, sino como un individuo cuya identidad, entendida tanto en clave íntima de sentimiento de pertenencia e identificación, como en calidad de atributo otorgado o reconocido por los

²⁵ Natalie Z. DAVIS: *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra-PUV, 1996.

²⁶ Ottavia NICCOLI (ed.): *La mujer del Renacimiento...*, y Giulia CALVI (ed.): *La mujer barroca*, Madrid, Alianza, 1995.

demás, viene definida por un entrecruzamiento de variables. ¿Cuál es el grupo al que perteneció, en su propia visión y en la de los otros? El de las mujeres, sin duda, pero no sólo ése. ¿Las gentes de letras?, ¿la burguesía comercial?, ¿la comunidad irlandesa? Su identidad, lejos de quedar agotada por su sexo, radica en la intersección de todas esas y otras variables, que la definen como una mujer burguesa, irlandesa y española, hija, más tarde esposa y madre de familia, viuda después, católica, ilustrada, lectora, traductora, escritora, a la vez que, en su especificidad individual, resulta en última instancia irreductible a la suma de todos esos ingredientes.

Por otra parte, la historia del género ha influido en el modo en que se consideran no sólo las vidas femeninas, sino también las masculinas. Si los sujetos por excelencia de la biografía clásica han sido varones (con más precisión, determinados sujetos masculinos elitistas), la importancia del género en la construcción de su identidad ha sido soslayada, presentándolos como sujetos teóricamente neutros y universales, mientras que se enfocaban las biografías de las mujeres a través del prisma del género. Los emergentes estudios de las masculinidades subrayan la necesidad de hacer visible la relevancia que, en muchos contextos, pueden haber tenido las convenciones de género en la construcción de la identidad personal de los varones y de sus relaciones entre sí y con las mujeres²⁷. De ese modo, algunas biografías masculinas han arrojado luz sobre el modo en que determinadas instituciones específicamente masculinas (ejército, instituciones educativas, espacios políticos, como el Parlamento, e intelectuales, como academias y sociedades científicas) ejercieron, entre otras funciones, las de tejer camaraderías y complicidades o rivalidades entre varones²⁸.

Las nuevas tendencias de la biografía están marcadas no sólo por la idea de pluralidad (las «personas diferentes» o las «multitudes»

²⁷ David MORGAN: «Masculinity, Autobiography, and History», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 34-39.

²⁸ Roy FOSTER: «Privates Lives and Posthumous Reputations: Love and affection among the Irish revolutionary generation, 1890-1916», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012, y María SIERRA: «Romanticismo, política y masculinidad: García Tassara (1817-1875)», en *Biography as a Problem: New Perspectives*, II Encuentro de la RETPB, Florencia, Instituto Universitario Europeo, 25-26 de febrero de 2011.

que el yo contiene, según Virginia Woolf o Walt Whitman), sino por la de movilidad²⁹. Donde antes se intentaba imponer coherencia e incluso propósito a los recorridos con frecuencia desconcertantes de una vida, hoy, por el contrario, se procura subrayar su carácter azaroso y cambiante; más que fijar identidades, atender a las trayectorias. Y de éstas, las que más fascinan son las de aquellos sujetos en movimiento que atraviesan fronteras políticas y culturales, y asumen a lo largo de sus vidas lealtades, roles y posiciones distintas y aun opuestas. *El regreso de Martin Guerre* de Natalie Davis versa sobre la construcción de la identidad y el modo en que, en determinados contextos, habría sido posible, para un hombre y una mujer campesinos del siglo XVI, reinventar su propia vida («self-fashioning»), mientras que su *Mujeres de los márgenes*, contra el tópico de las existencias femeninas prefijadas, presta especial atención a la movilidad de sus sujetos, tanto geográfica como en el sentido de decisiones vitales, visión desarrollada con posterioridad en su estudio del intelectual y aventurero renacentista *León el Africano*³⁰.

Esa insistencia en el carácter móvil de las identidades explica también la reciente fascinación por sujetos que adoptaron identidades travestidas, fingiendo o asumiendo haber cambiado de sexo (al modo de Orlando en la ficción). Al interés por comprender las figuras sociales (muy presentes en la Europa moderna) del andrógino, el hermafrodita o la mujer transformada en hombre, en la lógica intelectual que las sancionó, dándoles explicación científica y filosófica, se han sumado en los últimos tiempos otros enfoques en cierto sentido «biográficos»; atentos a los significados cambiantes atribuidos por la posteridad a esas trayectorias o bien a la subjetividad de sus protagonistas (algo difícil de atisbar en las fuentes, más representativas de los poderes —eclesiástico, secular, médico— que identifican y juzgan). Por ejemplo, María José de la Pascua se ha interesado por la religiosa capuchina del siglo XVIII Fernanda Fernández, que abandonó el convento para asumir una nueva identidad masculina, en un proceso del que resalta su dimensión de

²⁹ «Do I contradict myself?/Very well I contradict myself/I am large, I contain multitudes» (Walt WHITMAN: *Song of Myself*, 1855).

³⁰ Natalie Z. DAVIS: *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, Muchnik Editores, 1984; ID.: *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*, Cátedra, Madrid, 1999, e ID.: *León, el africano. Un viajero entre dos mundos*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008.

cambio en la comprensión de sí, que el relato contemporáneo del suceso permite entrever³¹. Por su parte, Gabriela Cano ha estudiado al coronel mexicano Amelio Robles, nacido mujer campesina, que adoptó una identidad —pública y subjetiva— de varón aprovechando la coyuntura de la guerra civil y las nuevas herramientas de la fotografía y la prensa. Afirma así la capacidad de los sujetos para constituirse (hasta cierto punto) a sí mismos en función del contexto y movilizándolo los recursos culturales a su alcance³².

A ese énfasis en el movimiento han contribuido algunos planteamientos hiperconstructivistas (como las teorías *queer*) que ponen el acento en la posibilidad del sujeto para escoger o combinar distintas identidades, entre ellas las de género, a modo de una «performance» o *actuación* que no remite a un «verdadero» ser. Así sucede en *The New Biography* (título que remite —de forma probablemente consciente— a la muy influyente *The New Cultural History* editada por Lynn Hunt a principios de los noventa)³³. La noción de «performatividad» impregna la obra entera, al entender el género, en el sentido desarrollado por Judith Butler, como una actuación que el sujeto despliega de formas distintas y variables en función de los contextos en los que se desenvuelve. Es ésta una aproximación particularmente ajustada a los personajes elegidos (como la duquesa de Berry, madre del heredero Borbón al trono francés durante la revolución de 1830, la activista Flora Tristán, la periodista Marguerite Durand...), todos ellos presentados como sujetos transgresores respecto de la feminidad normativa, pero no en el sentido casi heroico de algunas biografías empeñadas en retratar sujetos coherentes, mujeres de una pieza, resueltas y sistemáticamente enfrentadas a las normas. Más bien, con un concepto casi podríamos decir tea-

³¹ M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia de vida e historia social: mujeres en la España moderna», en Juan L. CASTELLANO y Miguel L. LÓPEZ-GUADALUPE (eds.): *Homenaje a D. Antonio Domínguez Ortiz*, vol. II, Granada, Universidad de Granada, 2008, pp. 715-732. Sobre otro caso muy distinto de cambio de identidad sexual, el de Catalina de Erauso en el siglo XVII (y sus cambiantes lecturas posteriores), véase Nerea ARESTI: «The gendered identities of the “Lieutenant Nun”: Retheinking the Story of a Female Warrior in Early Modern Spain», *Gender and History*, vol. XIX, 3 (2007), pp. 401-418.

³² Gabriela CANO: «Inocultables realidades del deseo. Aurelio Robles, masculinidad (transgénero) en la revolución mexicana», en Gabriela CANO, Mary K. VAUGHAN y Jocelyn OLCOTT (eds.): *Género, poder y política en el México posrevolucionario*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 61-90.

³³ Jo Burr MARGADANT: *The New Biography...*

tral o lúdico de los códigos sociales, como sujetos que elaboran una «invención de sí» mediante un uso creativo de las convenciones de la feminidad, que despliegan con frecuencia de formas inusuales o en lugares no previstos.

Pero esta concepción performativa no puede aplicarse igualmente a todos los sujetos, haciendo del género (como de cualquier otro rasgo de la identidad) un traje que una persona puede cambiar a voluntad. Así, autoras como Barbara Taylor han sostenido que, al menos al abordar algunos personajes (en su caso, el de la ilustrada radical y feminista Mary Wollstonecraft), esta noción del sujeto resulta inapropiada, y cabe analizar los procesos psicológicos por los que las vivencias personales y las convenciones sociales pueden, por el contrario, interiorizarse profunda y aun dolorosamente en la vida y el pensamiento³⁴. En efecto, el empeño en subrayar el carácter plural y cambiante de las vidas y las identidades, que tanto ha contribuido a cuestionar la visión más estática de las biografías, tiene sus riesgos, entre ellos el de sesgar en exceso la elección de los sujetos, privilegiando a aquellos cuyas vidas transcurrieron por cauces más cambiantes, e incluso transgresores, y constituyéndose, en última instancia, como una moda historiográfica. Al fin y al cabo, las posibilidades de cambio personal no son infinitas y están desigualmente repartidas o, como escribe Burr Margadant: «Cada lugar social ofrece un número limitado de posibilidades a partir de las cuales los individuos pueden crear un yo posible»³⁵. No se trata, pues, de forzar a ultranza una imagen de movilidad, sino de dar cuenta de en qué medida, por qué razones y en qué contextos unos sujetos han sido más lábiles y otros, por el contrario, más coherentes o más atrapados.

¿Quién soy? Sujetos en relación

El sentido del propio yo en relación con las distintas interpelaciones posibles en un tiempo y un lugar ha preocupado de manera especial a quienes se interesan por los enfoques biográficos y sus implicaciones teóricas y metodológicas. El interés creciente por las dimensiones subjetivas de la identidad está ligado a lo que viene de-

³⁴ Barbara TAYLOR: «Separations of Soul: Solitude, Biography, History», *AHR*, vol. CXIV, 3 (2009), pp. 640-651.

³⁵ Jo Burr MARGADANT: *The New Biography...*, p. 9.

nominándose como el «retorno del sujeto», entendido éste no como una estructura psicológica universal y atemporal, sino como una forma de subjetividad social e históricamente configurada, inestable e internamente dividida. Los estudios más recientes sobre la construcción de la identidad personal (¿quiénes creemos ser en distintas circunstancias y en diferentes momentos de nuestras vidas?, ¿quiénes dicen los demás que somos?, ¿en qué medida nuestra autoimagen incorpora y responde a las percepciones que otros tienen de nosotros?) acusan las críticas contra una visión demasiado monolítica de la subjetividad y asumen la ambigüedad del juego, problemático y complejo, entre las identidades como atribución (etiquetas, clasificaciones, agrupaciones conferidas externamente) y como identificación vivida, experimentada, sentida íntimamente, entre las identidades colectivas y la percepción de la propia identidad singular, entre el nombre (o nombres) con que una persona se siente interpelada y la forma en que la contemplan y etiquetan los demás³⁶.

También en este aspecto los estudios feministas han estado en la vanguardia de la reflexión teórica de la que se ha nutrido el trabajo de investigación histórica y han influido de forma poderosa, aunque no siempre reconocida, en la forma en que otras líneas de investigación se han interesado por las dimensiones subjetivas de la construcción de la identidad. Ello no supone recuperar la idea clásica de un «yo» autónomo y coherente, nítidamente separado del mundo exterior, dueño de su destino y definido por impulsos y deseos esenciales. Sabemos que ya no es sostenible la noción de un sujeto aislado, libre de ataduras, en la tradición de la filosofía de raíz cartesiana, sino la de un individuo socialmente inscrito en una trama de relaciones y de dependencias que condicionan (aunque no determinan de forma absoluta) sus posibilidades de acción, expresión, pensamiento y afectos. Los trabajos más interesantes entre los dedicados en los últimos tiempos a la cuestión de la identidad personal plantean la subjetividad, por el contrario, en un sentido relacional, como un proceso de tejer y vincular distintas posiciones subjetivas habitadas simultáneamente, en lugar de sugerir la existencia en última instancia de una identidad «auténtica» que debe ser revelada o descubierta.

³⁶ Mónica BOLUFER e Isabel MORANT: «Identidades vividas, identidades atribuidas», en Pilar PÉREZ-FUENTES (ed.): *Entre dos orillas. Las mujeres en España y América Latina*, Barcelona, Icaria, 2012, pp. 317-352.

La crítica a la noción de sujeto implícita en la biografía clásica fue muy temprana e intensa desde la historia de las mujeres, que ha sabido desvelar cómo esta concepción propia de la tradición individualista occidental proyecta la imagen idealizada de un sujeto masculino y elitista. Las mujeres, históricamente, han sido definidas de forma más marcada por su posición en un conjunto de redes y vínculos sociales. También, con frecuencia, han tendido a identificarse ellas mismas y a construir su subjetividad, en sus escritos y acciones, en relación con otros. Así, en su introducción a un volumen, ya citado, de biografías de mujeres del Barroco, Giulia Calvi subraya el hecho de que en mucha de la escritura femenina del siglo XVII la expresión de la propia identidad esté inextricablemente ligada a la del grupo de pertenencia: «El yo y la subjetividad son [...] elementos relacionales que se definen en el interior de una serie de pertenencias reales y simbólicas: la familia, el estamento, la comunidad religiosa y geográfica, los antepasados y los modelos míticos»³⁷. En otro contexto social, el de la Barcelona industrial del siglo XX visto a través de la historia oral de diversas mujeres obreras, Cristina Borderías ha llamado la atención sobre el hecho de que éstas se definan a sí mismas casi siempre a través de vínculos de pertenencia³⁸. Ello revela la importancia particular que tiene para ellas lo que Calvi llama la «percepción del yo en relación osmótica con el exterior»³⁹. Pero también, de forma más amplia, el carácter necesariamente situado y relacional de *todos* los sujetos, pues la imagen abstracta de un yo autónomo no responde ni siquiera a la experiencia de los sujetos masculinos y elitistas a la que implícitamente se refiere, inmersos ellos también (aunque de forma distinta) en redes de obligaciones y dependencias⁴⁰. La identidad personal, lejos de emanar de un reducto íntimo y esencial, es resultado

³⁷ Giulia CALVI: *La mujer barroca...*, p. 20.

³⁸ Cristina BORDERÍAS: «Subjetividad y cambio social en las historias de vida de las mujeres: notas sobre el método biográfico», *Arenal*, vol. IV, 2 (1997), pp. 177-195.

³⁹ Giulia CALVI: *La mujer barroca...*, p. 20.

⁴⁰ Mónica BOLUFER: «Identidad individual y vínculos sociales en el Antiguo Régimen: algunas reflexiones», en J. Colin DAVIS e Isabel BURDIEL (eds.): *El Otro, el Mismo: biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XIX)*, Valencia, PUV, 2005, pp. 131-140. Ejemplo de análisis de un sujeto masculino, con atención a esos aspectos e incorporando la perspectiva de género, es la obra de Carolina BLUTRACH: *El III conde de Fernán-Núñez: un hombre práctico en la sociedad cortesana* (en prensa).

de una negociación entre individuo y sociedad. Incluso la soledad, argumenta Barbara Taylor, no constituye una experiencia definida simplemente por el vacío (la falta de compañía), sino una realidad habitada por presencias y ausencias⁴¹. Dicho de otro modo, las vidas individuales están pobladas, y el yo se define, necesariamente, por su vínculo con los demás, en presencia (real o fantasmática) de los otros⁴². Reflexiones todas éstas que cualquier estudio biográfico debe tener en cuenta y en las que las aportaciones de la historia de las mujeres han tenido un importante papel.

A través del espejo: empatía y distancia

La cuestión de la relación entre presente y pasado, entre el historiador/a y su objeto, aunque no exclusiva del enfoque biográfico, adquiere en él una particular pregnancia, al adoptar, de manera más visible y con frecuencia más intensa, la forma de un vínculo entre dos personas en el que se implica la subjetividad del sujeto que investiga. La historia de las mujeres no ha eludido este problema, sino que cabe reconocerle la honestidad y el rigor intelectual de haberlo afrontado firmemente, convirtiéndolo en eje de una reflexión crítica y autocrítica. Hasta el punto de que tomar en serio que «la biografía como género no puede separarse de ningún modo de la autobiografía de quienes la producen» ha sido considerado como un rasgo distintivo (si bien no privativo) de las mejores biografías escritas desde perspectivas feministas⁴³. Ello ha llevado a las historiadoras, con cierta frecuencia, a romper con la convención de la voz neutra, del biógrafo pretendidamente ausente, y, tomando la palabra en primera persona, explicar las motivaciones tanto historiográficas como personales que les han llevado a interesarse por un determinado sujeto, interrogarse por la naturaleza de su relación con él (más frecuentemente con ella) y detallar cómo han ido variando sus lecturas a lo largo de su propia trayectoria intelectual y vital.

⁴¹ Barbara TAYLOR: «Separations of Soul...».

⁴² Rebecca GINSBURG: «Book Forum. Alison Light, *Mrs Woolf and the Servants*», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 3 (2009), pp. 131-134.

⁴³ Liz STANLEY: «Moments of Writing: Is There a Feminist Auto/biography?», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 58-67, esp. p. 59, e ID.: *The auto/biographical I. The theory and practice of feminist auto/biography*, Manchester, Manchester University Press, 1992.

En prácticas historiográficas como la de la historia de las mujeres, que asumen cierto vínculo entre el sujeto de conocimiento y su objeto (pero también en otras en las que esa relación y eventual identificación, aun no reconocida, existe y produce efectos interpretativos), existe el riesgo de sobreentender una identidad continua a través del tiempo y por encima de las diferencias, y con él, de atribuir a la historiadora-biógrafa mayor capacidad para alcanzar a la biografiada en su totalidad, trascendiendo de algún modo la inevitable fractura, la alteridad, entre ambas. También los riesgos de sesgar la elección de objeto, privilegiando, como ocurriera en los primeros estudios y sigue sucediendo en ocasiones, a «heroínas» o bien a «víctimas» (cuyas vidas tienden a seguir modelos narrativos de triunfo o derrota) y de sobredimensionar la identidad femenina de la biografiada, reduciendo las vidas a un único factor en detrimento de otros⁴⁴.

Cuando sujeto de investigación y sujeto investigado son ambos femeninos se ha sostenido en ocasiones que ello ofrece un plus de comprensión, como si esa identidad común situase a la historiadora en una mejor posición para alcanzar el secreto de la mujer del pasado a la que estudia. En esos casos, la relación, implícita o explícitamente, se entiende, en última instancia (y a pesar de las diferencias en tiempo y valores), como una complicidad, para la que se utiliza la metáfora de la amistad íntima y que constituye una vía no sólo de conocimiento histórico, sino también de autoconocimiento. Se presupone así cierta identificación entre sujeto (biógrafa) y objeto (biografiada), por la cual los aspectos compartidos de la experiencia femenina proporcionarían acceso a una comprensión más profunda, y también entre las lectoras y las mujeres del pasado, a través de cuyas vidas serían capaces las primeras de desarrollar una identidad colectiva⁴⁵. Así, el prólogo al volumen colectivo *Vidas de mujeres en el Renacimiento* afirma que «en los relatos de vida que forman este libro se combinan la vida de la historiadora y de la mujer historiada, en un juego de relaciones que nos ha llevado, inseparablemente, a conocer y relatar la experiencia de mujeres del siglo xv y a conocer mejor nuestra propia experiencia en el mundo de hoy»⁴⁶.

⁴⁴ Stephen BROOKE: «Subjects of Interest...».

⁴⁵ Kathleen BARRY: «The New Historical Synthesis: Women's Biographies», *Journal of Women's History*, vol. I, 3 (1990), pp. 75-105.

⁴⁶ Blana GARÍ et al.: *Vidas de mujeres del Renacimiento*, Barcelona, UB, 2008, p. 12.

En otros casos, en cambio, la relación se plantea de forma problemática, a modo de resistencia activa que la historiadora debe oponer frente a la tentación de justificar a su sujeto, especialmente en aquellas acciones y pensamientos que resulten más contrarios a sus propios valores⁴⁷. Aquí la metáfora de la amistad se utiliza en un sentido crítico, para alertar contra la engañosa sensación de familiaridad que tarde o temprano suele asaltar a todo biógrafo/a y que puede llevarnos a disculpar a nuestros sujetos o a pretender conocer mejor que ellos mismos sus motivaciones más ocultas. Es el caso de otra obra colectiva dedicada al Renacimiento cuya editora, Ottavia Niccoli, cree necesario insistir en que: «Las mujeres de las que referimos su vida en este volumen no son, en absoluto, “mujeres y basta” ni “mujeres como nosotras”»⁴⁸. En general, la historia de las mujeres se ha esforzado de manera particular por encontrar cierto equilibrio inestable o tensión productiva entre empatía y distancia⁴⁹. Y ello asumiendo que todo saber es un saber situado, y por ello la experiencia propia que el historiador/a (como individuo con un bagaje intelectual, pero también un sexo, estatus social, antecedentes familiares, ideología, afectos, etc.) aporta necesariamente al análisis no es una contaminación que sea posible o deseable evitar. Pero tampoco constituye una vía directa de acceso al conocimiento ni debe borrar la extrañeza que suscita el pasado o alentar la pretensión —ilusoria— de resolver del todo el enigma, alcanzando la verdad esencial acerca del sujeto.

Público/privado

Una de las más sustanciales y renovadoras aportaciones de la historia de las mujeres y del género a la reflexión historiográfica es

⁴⁷ Dea BIRKETT y Julie WHEELWRIGHT: «“How could she?” Unpalatable Facts and Feminists’ Heroines», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 49-57.

⁴⁸ Ottavia NICCOLI: *La mujer del Renacimiento...*, p. 20, se apoya en Lucien Febvre, quien en un célebre pasaje de su estudio sobre Margarita de Navarra «recordaba con severidad —al escribir precisamente una introducción para una biografía femenina— la lacerante distancia que nos separa de los hombres y de las mujeres del siglo XVI» (p. 16).

⁴⁹ Ula TAYLOR: «Women in the Documents: Thoughts on Uncovering the Personal, Political, and Professional», *Journal of Women’s History*, 20/1 (2008), pp. 187-196.

la de haber problematizado y analizado con perspectiva histórica las nociones de «privado» y «público», estrechamente asociadas a las de «femenino» y «masculino». En ese sentido, la historia (biográfica o no) escrita desde perspectivas feministas ha contribuido poderosamente a generalizar la idea de que no deben desdenarse los asuntos concernientes a la vida privada, aplicando al campo de la historia la consigna de «lo personal es político». Sin embargo, cabe precisar qué significa esto, cómo puede hacerse y qué riesgos existen⁵⁰. Para empezar, se trata de un empeño distinto de otras formas banales de inclusión de lo privado en el relato histórico, vinculadas a la atracción del público por ciertos aspectos de la intimidad (en particular los más morbosos) o propias de la exhibición de lo privado en una sociedad posmoderna. No se trata de acumular anécdotas más o menos atractivas. Tampoco de producir explicaciones que, recurriendo a un psicologismo elemental, expliquen las obras y acciones de los sujetos recurriendo siempre a sus conflictos o frustraciones íntimas (si bien cabe recordar que ciertas asunciones psicológicas sobre las motivaciones humanas forman parte implícita del bagaje del/de la historiador/a). Por otra parte, hay que sospechar de la asimetría con que estos elementos personales se tratan en los relatos de vidas masculinas y femeninas: si en el primer caso se tiende a excluirlas, en el segundo suelen subrayarse en exceso, interpretando la obra de las intelectuales, creadoras o políticas, en mayor medida que la de sus colegas masculinos, en clave psicológica⁵¹.

Numerosos estudios han puesto de relieve la pertinencia de considerar en el análisis histórico los sentimientos, la intimidad, las relaciones amorosas y de amistad. Han revelado también cómo la diferencia y la desigualdad entre los sexos ha funcionado históricamente no sólo a escala institucional o jurídica, sino también inscribiéndose en las conciencias individuales, modelando afectos y de-

⁵⁰ Mineke BOSCH: «Gender and the Personal in Political Biography», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 4 (2009), pp. 13-37.

⁵¹ Alison BOOTH: «Biographical Criticism and the "Great" Woman of Letters: The Example of George Eliot and Virginia Woolf», en William E. EPSTEIN: *Contesting the Subject...*, pp. 85-108, esp. p. 86, y Birgitte POSSING: «Bodil Koch: In Search of the Keys to a Biographical Analysis», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012.

seos, de modo que una biografía que incorpore esos aspectos no se limita a registrar una naturaleza humana supuestamente invariable, sino que da cuenta de su construcción histórica y sexuada. Pero, sobre todo, han demostrado que nunca existieron fronteras perfectamente nítidas y estables entre lo «privado» y lo «público»; más bien procesos de definición y redefinición constante de un conjunto de dualidades que han ido adoptando significados diversos. Precisamente, el análisis biográfico constituye un instrumento metodológico clave para captar cómo en las vidas individuales lo que llamamos «privado» y «público» se ha solapado, complementado o definido en oposición, y cómo ello ha funcionado de forma distinta para mujeres y hombres. Así, Cristina Borderías, en sus reflexiones acerca de las potencialidades del método biográfico en el estudio de los procesos de cambio social, valora el hecho de que las historias de vida nos permitan apreciar de qué modo en las existencias individuales se entrecruzan y atraviesan constantemente planos distintos, como los del trabajo, la familia, las relaciones amistosas o vecinales, que a efectos de análisis solemos tratar de manera separada⁵².

La opción de integrar en el análisis biográfico la vida privada del sujeto (masculino o femenino) no debe constituir una exigencia rígida, sino que su pertinencia en cada caso habrá de ser demostrada, así como el modo en que deba hacerse. Así, en su estudio de Mme du Châtelet, Isabel Morant ha puesto de relieve cómo —de forma general en la cultura de la Ilustración, pero especialmente en su caso— vida y obra se entrecruzan: si su filosofía contiene una reflexión constante sobre la gestión de las pasiones y las fuentes de la felicidad (estudio, amistad y amor), su correspondencia pone en práctica esas relaciones a la vez que las analiza: ensayos (públicos) y cartas (privadas) se iluminan mutuamente⁵³. También en otras investigaciones el análisis de las «vidas privadas» tiene interés no sólo en sí mismo, sino en la medida en que enriquece la propia comprensión de los procesos históricos que las atraviesan, permitiendo entender mejor, por ejemplo, la política y la cultura de los siglos XIX y XX. En este sentido, Isabel Burdiel ha argumentado el interés de la pornografía política en torno a Isa-

⁵² Cristina BORDERÍAS: «Subjetividad y cambio social...».

⁵³ Isabel MORANT: *Émilie du Châtelet. Discurso sobre la felicidad. Correspondencia*, Madrid, Cátedra-PUV, 1997.

bel II para el estudio del liberalismo; a su juicio, la puesta en escena pública, de forma salvajemente obscena —simbólica más que realista—, del cuerpo privado de la reina esclarece la falta de consenso entre las distintas familias liberales sobre la monarquía, a la vez que revela la forma profundamente «genérica» en que se contemplaban tanto la legitimidad política como la moral sexual⁵⁴. Por su parte, Mónica Burguera ha estudiado el proceso de construcción de la identidad de la mujer de «clase media» en el contexto de la institucionalización de la revolución liberal en el segundo tercio del siglo XIX a partir de las memorias escritas por una dama burguesa de intensa actividad política, la condesa de Espoz y Mina (aya de la reina-niña Isabel y figura clave del progresismo), quien elabora una imagen de sí acorde con los nuevos ideales del liberalismo, aunando virtudes privadas (fidelidad al esposo muerto, abnegación maternal) y públicas (entrega a la causa, superación de intereses partidistas, beneficencia como obligación cívica)⁵⁵. En otro contexto, Roy Foster ha puesto de manifiesto cómo la «generación revolucionaria» irlandesa incluyó entre sus utopías políticas y sus prácticas de vida la contestación de las formas de relación amorosa y de sexualidad convencionales, antes de que el giro conservador y católico del nacionalismo irlandés cortase esos experimentos, borrándolos de la memoria patriótica⁵⁶.

⁵⁴ Isabel BURDIEL: *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Madrid, Taurus, 2010, e íd.: «The Queen's Two Bodies: Beyond Private and Public in the Biography of Isabel II of Spain», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012, y su edición y estudio crítico de *Los Borbones en pelota*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012.

⁵⁵ Mónica BURGUERA: «Performing Middle-Classe Womanhood in 19th-Century Spain: The Memoirs of Juana de Vega, countess of Espoz y Mina», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012. Véase también su *Las damas del liberalismo respetable*, Madrid, Cátedra, 2012.

⁵⁶ Roy FOSTER: «Private Lives and Posthumous Reputations: Love and Affection among the Irish revolutionary generation, 1890-1916», en *Life-Writing in Europe: Private Lives, Public Spheres and Biographical Interpretations*, III Encuentro de la Red Europea sobre Teoría y Práctica de la Biografía (RETPB), Oxford, Wolfson College, 20-21 de abril de 2012.

Más allá del posmodernismo: sujetos y relatos

En el marco de la historiografía feminista se ha planteado de forma especialmente aguda la pertinencia de los enfoques biográficos, depurados teórica y metodológicamente, como una de las salidas posibles al *impasse* que pueden suponer para la disciplina histórica las versiones más extremas del posmodernismo. ¿Es legítimo conceder cierto valor a las «vidas vividas», sin caer por ello en un ingenuo realismo epistemológico? ¿Podemos permitirnos, como autores/as y como lectores/as, los placeres asociados a leer —y escribir— vidas ajenas (incluyendo tanto la identificación con aquello que tenemos de común como el asombro ante aquello que nos separa) sin que devengan placeres culpables? Esos deseos inspiran mucha de la mejor producción histórica que se ha interesado por proporcionar rostros y nombres concretos al pasado. Así, los enfoques biográficos constituyen una de las vías por la que se ha articulado el desacuerdo con los excesos del posestructuralismo. Al fin y al cabo, las vidas del pasado (como las del presente) fueron realmente vividas, no sólo imaginadas, y la historia no debe ni puede renunciar al compromiso ético de recuperarlas, ni funcionar sin cierta idea de sujeto, agencia o referencialidad, por flexibles que éstas sean⁵⁷. En el caso de las formas de hacer historia que emergieron vinculadas a la reivindicación de distintos sujetos «subalternos» (mujeres, clases populares, minorías raciales o pueblos colonizados), estas consideraciones se refuerzan con la apreciación de que disolver todo concepto de sujeto o de agencia tendría el efecto perverso de perpetuar su invisibilidad, sustituyendo la historia con protagonismos sólo masculinos, blancos y elitistas por una historia sin rostros.

En el ámbito anglosajón, especialmente norteamericano, la intensa vinculación de la historia de género con el giro cultural ha convertido en problemática la idea de que las vidas del pasado puedan ser reconstruidas. Las críticas contra toda idea reificada de «identidad» y «experiencia» han supuesto un reto para producir formas de historia en las que esas categorías puedan mantenerse, pero entendidas como procesos contruidos necesariamente a través del lenguaje, de modo que las vidas individuales no queden va-

⁵⁷ Penny RUSSELL: «Life's Illusions: The "Art" of Critical Biography», *Journal of Women's History*, vol. XXI, 4 (2009), pp. 152-156, esp. pp. 154-155.

ciadas del todo. Así, Gianna Pomata reclamó hace tiempo que el interés por los mecanismos culturales de producción de la diferencia masculino/femenino no excluyese la atención a las «vidas vividas», respondiendo a las afirmaciones de Scott en el sentido de que serían aquéllos, y en modo alguno éstas, los objetos del análisis histórico⁵⁸. Por su parte, Kathleen Canning entiende la experiencia no como algo primordial, sino necesariamente mediatizado por valores y conceptos previos⁵⁹. En ese amplio debate las aproximaciones declaradamente biográficas han tenido un papel destacado, pues desde diversas posturas conscientes de los problemas y los retos del análisis y la escritura históricas, en absoluto apegadas a un realismo ingenuo, escribir vidas del pasado se considera una opción teórica y metodológica válida para superar los efectos paralizantes de un posmodernismo mal entendido.

Y es que a muchas historiadoras les viene preocupando la relación demasiado simple y directa que con cierta frecuencia se establece entre modelos normativos, incluidos los de género, prácticas sociales y sentido de la identidad. Una forma de determinismo cultural que, sustituyendo al de signo socioeconómico, presupondría una absoluta aquiescencia (salvo casos excepcionales y transgresores) de los sujetos hacia los discursos dominantes en su tiempo. En el caso de las mujeres, el interés por investigar los modelos normativos de feminidad ha llevado en ocasiones a presentarlos como moldes rígidos, lo que dificulta la explicación del cambio. Entender, por el contrario, la relación entre sujetos y normas sociales en un sentido más flexible, dejando resquicios a la negociación, permite comprender mejor cómo las pautas colectivas pueden adaptarse o transformarse, muchas veces de formas insensibles. Y para este propósito, situar bajo el punto de mira las trayectorias de vida individuales resulta especialmente útil, pues éstas rara vez se ajustan a la perfección al patrón de un traje dado.

No se trata de afirmar, frente al poder de las normas, el de la experiencia a modo de realidad primordial y no mediada. Más bien de entender las formas complejas en que se construye el sentido de la identidad personal desde la «filiación compleja con las normas»

⁵⁸ Gianna POMATA: «Histoire des femmes, histoire du genre», en Georges DUBY y Michelle PERROT (eds.): *Femmes et histoire*, París, Plon, 1994, pp. 25-27.

⁵⁹ Kathleen CANNING: *Gender History in Practice. Historical Perspectives on Bodies, Class and Citizenship*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2006, p. 117.

y el modo en que se configura la experiencia, entendida no como «dato probatorio último», sino como necesariamente filtrada por el lenguaje⁶⁰. Así, De la Pascua ha aplicado de forma productiva al análisis de los «egodocumentos» (entendidos como todas aquellas fuentes que contienen un relato, más o menos completo o fragmentado, de la propia vida: autobiografías, memorias, pero también cartas o declaraciones judiciales) una concepción narrativa de la identidad. Parte de la idea de que no es el sujeto (ya preexistente) el que *construye* relatos del yo, sino el que *se construye* a través del relato. De ese modo, por ejemplo, ha seguido con nombres y apellidos las historias de mujeres que en los siglos XVII y XVIII reclamaron judicialmente la vuelta de sus maridos emigrados a Indias, interesándose por el modo en que, a través de las cartas en las que escriben y reescriben fragmentos de sus vidas y mediante los recursos culturales y moldes literarios disponibles, interpretan su delicada situación y asumen una nueva identidad de «mujeres solas»⁶¹. Y ha trabajado también con autobiografías religiosas femeninas, como la de la carmelita María de San José, discípula de Teresa de Jesús, para rastrear cómo inscribe su propia historia de vida en una relación de filiación espiritual que le permite entenderse y autorizarse⁶². Lo que le preocupa resaltar, a través de esta práctica historiográfica que hace uso del enfoque biográfico, es el «proceso de construcción de la experiencia», «en el que el sujeto se expresa como hijo de una determinada cultura, a partir de la interpretación que hace de lo que

⁶⁰ M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia, relato y construcción de identidades: emigración y abandono en el mundo hispánico del siglo XVIII», en Carlos A. GONZÁLEZ y Enriqueta VILA VILLAR (comps.): *Gráficas del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVII-XVIII)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 608-636, esp. p. 609.

⁶¹ M.^a José DE LA PASCUA: «Ruptura del orden familiar y construcción de identidades femeninas (el mundo hispánico del setecientos)», en Mary NASH y Diana MARRE (eds.): *El desafío de la diferencia. Representaciones culturales e identidades de género, raza y clase*, Bilbao, UPV, 2003, pp. 225-237, e *id.*: «La recuperación de una memoria ausente: demandas judiciales y relatos de vida en la construcción de la historia de las mujeres», *Arenal*, vol. XII, 2 (2005), pp. 211-234.

⁶² M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia de vida e historia social...». Sobre la autobiografía (femenina y masculina) son fundamentales las reflexiones de James S. AMELANG, véase, entre otros muchos trabajos suyos, «Saving the Self from Autobiography», en Kaspar VON GREYERZ y Elisabeth MÜLLER-LUCKNER (eds.): *Selbstzeugnisse in der Frühen Neuzeit. Individualisierungsweisen in interdisziplinärer Perspektive*, Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 2007, pp. 129-140.

le sucede, pero como un hijo creador»: un «proceso de interacción del sujeto y los valores del grupo y, por tanto, en gran medida, de reelaboración de las conductas pautadas»⁶³.

Otras historiadoras han tratado de conectar los «hechos» de una vida, las representaciones e interpretaciones de los mismos que se produjeron en su tiempo, la/s identidad/es que el propio sujeto asumió y aquella/s que le asignaron sus contemporáneos, las formas textuales (o iconográficas) en que fue representado no bajo el signo de la correspondencia o la mimesis (según la cual la imagen captaría —o no— la esencia del sujeto), sino de la relación mutua⁶⁴. Así, Gloria Espigado, al estudiar a la internacionalista del siglo XIX Guillermina Rojas, se ha interrogado —inspirada por Scott— por las figuras retóricas a través de las cuales fueron percibidas las mujeres implicadas en actividades políticas y mediante las cuales ellas mismas se construyeron como sujetos de acción y se representaron públicamente⁶⁵. En trabajos posteriores sobre la marquesa de Villafranca, María Tomasa de Palafox, ha experimentado con formas narrativas novedosas, introduciendo en el relato escenas imaginadas a partir de documentos u objetos que le pertenecieron⁶⁶. Asimismo, entrecruzando su vida con la de su madre, la célebre ilustrada María Francisca de Sales Portocarrero, condesa de Montijo, indaga sobre cómo el modelo materno fue evocado y recreado de forma consciente y voluntaria por la hija; el hecho de que archivos y bienes de ambas mujeres fuesen custodiados y catalogados por su descendiente, Luisa Isabel Álvarez de Toledo (la «duquesa roja», 1936-2008), añade fascinantes elementos a una historia de cómo la memoria familiar recrea las vidas pasadas en un juego de espejos.

⁶³ M.^a José DE LA PASCUA: «Experiencia, relato y construcción de identidades...», p. 611, e íd.: «Ruptura del orden familiar...», p. 226.

⁶⁴ LIZ STANLEY: «Biography as Microscope or Kaleidoscope? The case of "power" in Hannah Cullwick's relationship with Arthur Munby», *Women's Studies International Forum*, vol. X, 1 (1987), pp. 19-31; íd.: «Mimesis, Metaphor and Representation: holding out an Olive branch to the emergent Schreiner canon», *Women's History Review*, vol. X, 1 (2001), pp. 27-50, y KALI A. K. ISRAEL: «Writing Inside the Kaleidoscope: Re-Representing Victorian Women Public Figures», *Gender and History*, vol. II, 1 (1990), pp. 40-48.

⁶⁵ Gloria ESPIGADO: «Experiencia e identidad de una internacionalista: trazos biográficos de Guillermina Rojas Orgis», *Arenal*, vol. XII, 2 (2005), pp. 255-280.

⁶⁶ Gloria ESPIGADO: «La marquesa de Villafranca y la Junta de Damas de Fernando VII», en Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO y M.^a Cruz ROMEO (eds.): *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, Madrid, Cátedra, 2009, pp. 317-342.

El volumen colectivo *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808* evita de forma inteligente ofrecer la galería de «mujeres ilustres» que podría haber deseado y jaleado el público en el contexto del segundo centenario de la guerra de independencia⁶⁷. En lugar de ello, su proyecto es reconstruir la complejidad de la implicación de las mujeres en este proceso histórico y el modo en que ésta ha sido —y sigue siendo— recreada en la propaganda, el cine, la literatura o la política de conmemoraciones. En efecto, no se trata tanto, o tan sólo, de recuperar las «verdaderas» vidas de Agustina de Aragón o Manuela Malasaña, convertidas en iconos de la españolidad, como de entender y explicar las formas en que, ya en su tiempo y con posterioridad, las mujeres reales han sido recicladas en mitos que adquieren una existencia propia, independiente de las personas de carne y hueso, y en este sentido tienen muchas «vidas». Algo semejante a lo que pretendió Elianne Viennot con su biografía de la reina renacentista Margarita de Valois, interesándose por estudiar tanto a la mujer como al mito que la sobrevive y trasciende⁶⁸. Todos estos y otros muchos ejemplos ilustran los modos en que en los últimos tiempos vienen incorporándose a los estudios históricos nuevas y sugerentes formas de representar la compleja relación entre sujeto y relato, hechos y ficción.

* * *

En 1990 Liz Stanley escribía en un dossier monográfico de *Gender and History*: «Biografías y autobiografías son tan populares porque cuentan una historia interesante, habitualmente de forma accesible y placentera; porque, en apariencia, nos permiten vivir vidas distintas de las nuestras, y porque pueden ofrecernos heroínas feministas que se sitúan junto a los sujetos más usuales de la autobiografía. Estos motivos de interés deben ser reconocidos y aceptados como legítimos en términos feministas, no tratados como respuestas supuestamente ingenuas a la autobiografía»⁶⁹.

⁶⁷ Irene CASTELLS, Gloria ESPIGADO y M. Cruz ROMEO (eds.): *Heroínas y patriotas...*

⁶⁸ Eliane VIENNOT: *Marguerite de Valois. Histoire d'une femme, histoire d'un mythe*, París, Payot, 1993.

⁶⁹ Liz STANLEY: «Moments of Writing...», p. 65.

Quizá el énfasis pueda ponerse en otro lugar. A mi juicio, lo más importante no es admitir la validez de los enfoques biográficos en historia desde un punto de vista específicamente feminista, si bien esto resulta del todo legítimo. Ni tampoco señalar (aunque sea sin duda relevante) que al contar una vida de mujer el acento no suele recaer donde lo hace cuando se trata de un hombre —como afirmaba Woolf—. Más bien, la aportación crucial de la historia de las mujeres y del género al debate historiográfico radica en haber sabido problematizar, y de ese modo enriquecer, la discusión teórica y la práctica investigadora partiendo de (pero no limitándose a) los sujetos sobre los que habitualmente trabaja. La comprensión de la biografía como una práctica social e ideológicamente situada, el reconocimiento del vínculo entre biografía y autobiografía, el planteamiento de la profunda historicidad y la compleja relación entre «público» y «privado», o la insistencia en un concepto del yo complejo y móvil, inscrito en redes de relaciones, constituyen algunas líneas fundamentales en las que su contribución ha sido esencial y resulta ya insoslayable en la escritura histórica.